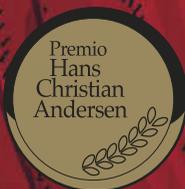


ZONA

LIBRE

POR FAVOR, VUELVE A CASA

Christine
Nöstlinger



ZONA
LIBRE

**Por favor,
vuelve a casa**

Por favor vuelve a casa / Chistine Nöstlinger

Título original en alemán:

ILSE JANDA, 14 ODER DIE ILSE IST WEG

D. R. © 1974 Christine Nöstlinger

D. R. © 1994 Educactiva, S.A.S.

D.R. © Educa Inventia, S.A. de C.V., 2019

Av. Río Mixcoac 274, piso 4°, Colonia Acacias,

Benito Juárez, Ciudad de México,

C.P. 03240.

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso de la editorial.

* El sello editorial "Norma" está licenciado por Carvajal S.A. de C.V. a favor de Educa Inventia, S.A. de C.V.

Segunda edición Colombia: enero 2019

Primera reimpresión: abril 2020

Dirección editorial: María Candelaria Posada

Traducción: Yamile Lanchas Lanus y Marta Antonieta Lanus Feres

Diagramación y armada: Blanca Villalba.

Diseño de cubierta: Alejandro Amaya.

Impreso en México - *Printed in Mexico*

61089165

ISBN 978-607-13-0888-7



Por favor, vuelve a casa

Christine Nöstlinger

TRADUCCIÓN

Yamile Lanchas Lanus

y Marta Antonieta Lanus Feres

The logo for Norma, featuring a stylized, bold letter 'N' followed by the word "Norma" in a serif font.

mx.edicionesnorma.com

Voy a contarle todo, aunque no se me ocurre cómo comenzar ni qué decir.

Solo tengo claro el final. Y el final es que Ilse se ha ido de casa.

Ilse es mi hermana. Ilse se fue y no va a regresar.

Si vuelve, tendrá que ir a un hogar juvenil. Eso fue lo que dijeron. Ya no pueden cargar con la responsabilidad. La trabajadora social de la policía dijo que primero hay que encontrar a Ilse. Luego mamá decidirá si la mandará a un hogar juvenil o no.

Papá dice que él también tiene algunas cosas que decir. Pero no es cierto. Él no tiene nada que decir.

Yo no quiero que Ilse vuelva, para que no la lleven a un hogar juvenil.

Yo no les he contado nada.

Mamá y Kurt dicen que debo contarles todo lo que sepa. Y papá y la abuela también lo han dicho. Pero no voy a hacerlo.

“¡Cualquier cosa es mejor que esto!”, me dijo Ilse antes de irse. Y así fue.

Cuando yo tenga catorce años, cuando tenga la edad de Ilse, tal vez haga lo mismo. Y entonces Oliver tampoco dirá nada. ¡Insisto en que no sé nada!

Se puso el abrigo rojo y dijo que quería comprar un cuaderno rayado con margen para las correcciones.

“¡Esto es todo lo que sé, mamá!”.

“¡De verdad que no dijo nada más, Kurt!”.

“¡Me lo puedes creer, papá!”.

“¡Estaba haciendo una ecuación muy difícil, con X, Y y Z, señorita trabajadora social! ¡No vi a mi hermana!”.

“**Alégrate** de que somos una familia numerosa. Eso también tiene sus ventajas”, me dice a veces mamá. Catalogarnos como una familia numerosa es un mal chiste, pero a veces se tienen ventajas, realmente.

En mi cumpleaños, por ejemplo, recibo regalos de tres abuelas, tres abuelos, una mamá, un papá; de la esposa de papá, de un padrastro, de la exesposa de mi padrastro y de seis hermanos.

Parece complicado, pero es más o menos fácil. Papá se casó con mamá y tuvo dos hijas con él; Ilse y yo.

Luego se separaron y papá se casó con otra, y con ella tuvo también dos hijos. Mamá se casó con Kurt y tuvo dos hijos más. Kurt ya tenía un hijo de su primer matrimonio.

Esto no es tan extraño. En nuestra clase hay muchos papás que están divorciados y han tenido hijos de sus nuevos matrimonios. Pero ya no pueden ocuparse de más niños.

Mamá y papá se separaron cuando Ilse tenía siete años y yo cinco.

Supuestamente no se entendían bien, pero debió haber sido algo más. Porque entonces mamá no habría escondido la sentencia de divorcio. Una vez cuando buscaba mi comprobante de vacunación, la encontré en el archivador. Mi mamá me la arrebató de las manos antes de que pudiera acabar de leer la primera frase. “Esto no te incumbe”, dijo sonrojándose.

Al principio, después de la separación, Ilse y yo vivimos con la abuela: la mamá de papá. Papá conservó la casa antigua. Mamá se mudó con sus padres, y los sábados y domingos nosotras la visitábamos.

Alguna vez mamá fue secretaria de un periódico. Fue allí donde conoció a Kurt.

Él era redactor. Dos años después se casaron y nos mudamos de donde la abuela a donde Kurt.

Luego mamá tuvo a Oliver. Tatiana y Oliver llaman a Kurt “papá”. Ilse y yo lo llamamos “Kurt”. Al papá y a la mamá de Kurt los cuatro los llamamos abuelo y abuela.

La abuela no me gusta para nada porque ella no me quiere. El abuelo es muy simpático. El otro abuelo (el padre de papá) era también muy simpático, pero ahora está totalmente anquilosado y habla muy raro.

A veces la abuela empieza a llorar porque el abuelo dice cosas muy extrañas. Siempre habla solo y en mi última visita me preguntó quién era y cómo me llamaba.

—¡Pero si es Erika! ¡Mi Erika! —sollozó la abuela.

El abuelo oye muy mal.

—¡Ah, sí, sí, sí! ¡Erika! —dijo el abuelo—. ¿Y quién es la niña? ¿Cómo se llama la niña?

Después del colegio, todos los jueves, voy a donde el abuelo y la abuela. Antes Ilse me acompañaba. Hasta hace un año. Hasta que el abuelo se puso así y comenzó a decir cosas raras.

Desde entonces Ilse no volvió de visita. En casa de la abuela siempre hay olores, aseguró Ilse. Dice que huele a repollo y a papas hervidas. Yo no tengo nada en contra de esos olores. Además, el olor viene de la señora Huber, la vecina de la abuela y no del repollo ni de las papas. La cocina de la abuela queda detrás de la puerta de los Huber. Y la cocina de los Huber queda exactamente detrás de la puerta de la abuela. En el edificio de la abuela las cocinas no tienen ventanas. Solo una

puerta con pedacitos de vidrio ahumado que da hacia el corredor. En la parte superior hay ranuras de ventilación. El olor a papa hervida y repollo viene de las ranuras de ventilación de la señora Huber y se filtra por las ranuras de ventilación de la abuela. La abuela no puede hacer nada en contra de ese olor.

—¡Los padres de mi exesposo viven espantosamente! ¡ES-PAN-TO-SA-MEN-TE! ¡Es increíble que hoy por hoy sea posible algo así! —le dijo mamá recientemente a alguien que estaba de visita. Y luego describió cómo se ve la cocina y el cuarto de la abuela y del abuelo. Dijo que ellos no tenían agua corriente, sino que se lavaban en una palangana plástica. Que una enorme cama matrimonial y cuatro armarios, llenos de cachivaches, llenan el cuarto y que debajo de la cama hay cientos de cajas viejas y baúles.

—¡Imagínese! —dijo—. Y en el cuartito lleno de cosas hay también una mesita. ¡La única que tienen! ¡Y sobre ella hay un gran ramo de rosas de plástico color cerdo rosado, puro cerdo rosado!

Ilse estaba sentada junto a ella, cuando mamá contó esto.

Ilse abrió mucho los ojos. Cuando ella se enoja es capaz de mirar como un gato. Claro que mamá no se da cuenta cuando Ilse tiene mirada de gato. Se volvió hacia Ilse y preguntó:

—¿Todavía tienen rosas de plástico?

—¡Pues ve hasta allá y averígualo, si es que tanto te interesa! —gruñó Ilse. Se levantó y se fue de la habitación.

Mamá la miró asombrada y le dijo a la visita que las niñas en determinada edad son siempre muy difíciles.

Entonces mamá quiso hacerme la misma pregunta. Yo le hubiera dicho que la abuela había cambiado las rosas de plástico por tres plantas de espuela de caballero, pero antes de que pudiera responder, Kurt gritó:

—¡Maldita sea, Lotte! ¡Deja de preguntar esas cosas! Entonces mamá cambió de tema rápidamente.

Me fui a nuestra habitación. Ilse estaba sentada en el escritorio pintándose las uñas de un color verde seco. Temblaba de rabia y se pintaba la piel.

Dijo que mamá era insoportable, que no podía dominarse. Ilse se queda sin aire de la rabia cada vez que mamá habla así.

—¡El espejo italiano de la habitación de mamá —chilló— es tan horroroso como las rosas de plástico de la abuela! Solo que costó mucho más. Y mamá actúa como si ella fuera mejor, solo porque se casó con un hombre que tiene seis casas.

Quise tranquilizar a Ilse.

—Tienes razón, pero eso no es motivo para que te alteres de ese modo —le dije.

—Tienes el carácter de un perro carnicero —me gritó Ilse. Y luego empezó a vociferar una cantidad de cosas

injustas en mi contra; claro que no estaba enfadada cuando las dijo.

Cuando grita siempre mueve los brazos. Empujó el frasco de esmalte verde seco que, en ese momento, se regó sobre el escritorio. Traté de limpiarlo, pero no pude. Nuestros escritorios son nuevos. Yo no quería que mamá se enfadara al ver la mancha, entonces busqué disolvente de esmalte y lo regué sobre las manchas pegajosas, pero el disolvente dañó la superficie del escritorio.

—¿Ves? ¡Lo echaste a perder, zopenca! —gritó Ilse.

Nunca he podido sentir verdadera rabia. Ni siquiera cuando alguien me trata injustamente.

—No te exaltes. Le diré a mamá que yo tuve la culpa —le dije.

—Gracias, pero yo no tengo nada que ver con eso —respondió Ilse.

Comprendí que ella no le diría nada a mamá. Entonces le grité:

—¡Pero mamá se va a enfurecer! ¡Se va a enfurecer terriblemente!

—¿Y qué? ¡Pues que se enfurezca! Si las cosas se ponen demasiado mal, ¡me voy!

No comprendí inmediatamente qué era lo que realmente quería decir. Creí que se refería a irse del cuarto o al baño. Es lo que suelo hacer cuando mamá pelea demasiado conmigo.

—¡Estoy hasta la coronilla! —dijo Ilse—. ¡Me pone los nervios de punta! ¡Me enfurece tanto, que podría gritar y gritar! —Tomé un trapo mojado de la cocina y limpié el escritorio. Quedó bien. Entonces le pregunté a Ilse:

—¿A dónde quieres irte?

—Existen miles y miles de posibilidades —respondió Ilse.

Pero sonó como si no pudiera nombrar ni una sola.

No volví a preguntarle nada al respecto.

Creo que no empecé como debería haberlo hecho.

Quiero escribir sobre Ilse, pero primero debo describirla físicamente. Esto es algo importante.

Ilse es bonita. No linda, pero sí graciosa, encantadora, o como se diga. Es bonita. Desde arriba, desde la punta del cabello, hasta las uñas pintadas de los pies; no tiene nada feo.

Tiene mucho, mucho pelo. Es castaño oscuro, muy liso, y le cae sobre los hombros. Hasta ahora no le ha salido ni un barro, ni un grano, ni una espinilla. Tiene ojos grises con manchitas verdes y una nariz muy pequeña. Aunque es muy delgada, tiene un busto más o menos grande. De cintura solo mide 46 centímetros. Su maestro de pintura ha dicho que tiene el típico corte griego.

Podría continuar describiendo el aspecto de mi hermana y llenando páginas y páginas. Podría hablar de sus dientes blancos y de sus largas pestañas. Y de sus piernas. Hans dice que son “piernas ensoñadoras”. A pesar de todo, faltaría lo más importante: Ilse tiene algo que las demás no tienen. Es algo que siempre me ha llamado la atención. A la hora del recreo, cuando paso por su salón, veo a treinta niñas iguales que van y vienen. Unas lindas, otras medio bonitas y otras feas. Entonces miro a Ilse. Ella es muy distinta. Herta, una niña de su clase, también es muy bonita, pero cuando Herta se pone un suéter barato y desteñido, se nota mucho. En cambio, cuando mi hermana se pone un suéter barato y desteñido, no se nota.

El suéter más raído se ve en Ilse como el suéter más costoso y de la *boutique* más fina.

¡Ya lo tengo!

Ilse es como de propaganda. Por supuesto no de una propaganda de detergente o de pastas al huevo.

Es como una modelo de esas propagandas modernas de “autos rápidos para jóvenes”.

Es una chica Coca-Cola, Martini, Jet-Set.

Solo externamente, por supuesto.

Ilse no era tan linda.

Cuando todavía vivíamos con la abuela, íbamos todos los días al mercado. La abuela hace todas sus compras

en el mercado. Va de puesto en puesto. Lo mira y lo toca todo y se fija en el precio de las verduras, las naranjas y los pepinos. Luego vuelve al puesto más barato y compra todo allí. El puesto más barato le pertenece a la señora Kratochwil. La abuela ya debería saber que la señora Kratochwil siempre tiene lo más barato; lleva cuarenta años comprándole a ella, pero la abuela piensa que una buena ama de casa debe pasar revista por todos los puestos.

Cuando íbamos al mercado con la abuela, la gente solía decirle a Ilse:

—¿Por qué miras tan tenebrosamente?

A mí me decían que miraba graciosa y amigablemente. El portero del edificio de la abuela dijo una vez:

—Si Ilse no mirara a la gente de esa forma, como si estuviera enfadada, y sonriera, sería una niña bonita.

Pero Ilse casi nunca sonreía. O por lo menos no me acuerdo.

Me acuerdo que siempre hacía letras.

Se sentaba a la mesita de las rosas de plástico y hacía letras durante largo tiempo.

El abuelo la regañaba y le decía que se le dañarían los ojos si no dejaba de hacer eso.

En aquella época estaba en segundo año y en un colegio nuevo. Porque en verano, luego de la separación nos mudamos con la abuela y ella vivía muy lejos de nuestra antigua casa. En el nuevo colegio la nueva

maestra quería una caligrafía diferente. Por eso Ilse siempre hacía letras.

Pero de nada le sirvió. Dos años después nos fuimos a vivir con Kurt y la otra maestra le hizo cambiar de caligrafía nuevamente.

Tal vez por eso Ilse tiene letra como de libro de escritura, pareja y regular. Una verdadera letra de álbum.

—Sus cuadernos son un encanto —le dijo la directora de curso a mamá un día.

Claro que en los últimos tiempos los cuadernos de Ilse no debieron ser un encanto para la maestra. Ayer ordené el escritorio de Ilse. No porque sea una fanática de la limpieza, sino porque quería tener cosas de ella en las manos. A menudo es mejor tener cosas que no tener nada.

Entonces ordené el escritorio de Ilse y vi sus cuadernos; quedé desilusionada. En cada cuaderno había máximo una página escrita. El cuaderno de Matemáticas y el de Latín estaban totalmente en blanco. ¡No lo entiendo! Todas las tardes se sentaba al escritorio. A veces horas enteras. Muchas veces hasta la noche.

Cuando yo estaba en la cama, y quería hablar con ella, me decía:

—¡Cállate! Tengo que estudiar; cierra la boca. Me molestas cuando estudio.

En el escritorio encontré tres cuadernos pequeños de notas y cuatro grandes. Estaban llenos de líneas

entrelazadas y en zigzag, y un par de páginas totalmente llenas de cuadritos verdes y rojos.

¡No lo entiendo! Ilse debió de haber pasado horas enteras sentada pintando mamarrachos y puntos y cuadritos. Yo prefiero hacer mis tareas que sentarme a hacer garabatos. O sencillamente no hacer nada y dedicarme a escuchar mis discos.

También encontré un diario de pasta azul oscura. Tenía una cerradura dorada en la cubierta. La cerradura estaba atravesada por cuatro lápices que la aseguraban. Saqué los lápices, pues obstruían la cerradura, pero no había nada en el diario. Ni mamarrachos, ni garabatos ni un solo cuadrito.

Encima de la mesa, debajo del cartapacio, había un papelito. “¡WOLFGANG, TE DESEO! ¿ES QUE ACASO NO LO SABES?”, decía.

El papelito era muy viejo. Por lo menos tenía dos años, pues estaba escrito con tinta verde. Ilse no escribe con tinta verde desde hace tiempo.

Cuando leí eso de “WOLFGANG” y de “TE DESEO” sentí algo muy raro en el estómago.

Primero, porque había leído algo que no me incumbía, y porque a Ilse le habría dado un gran ataque de ira si hubiera sabido que yo lo había leído, y también porque desear es algo muy extraño. Yo no quiero que mi hermana desee. No sé a qué Wolfgang se refería. Hay muchos Wolfgangs. Puedo pensar en por lo me-

nos ocho. Y yo estaba enfadada con los ocho, porque mi hermana deseaba a alguno de ellos. También estaba triste, porque tampoco sabía nada del deseo.

Traté de recordar qué había pasado dos años antes, y si había habido algún Wolfgang entre los amigos de Ilse, pero me fue imposible. De todas maneras, no creo que hubiera tenido tiempo para un Wolfgang.

Todos los jueves visitábamos a la abuela y al abuelo.

Todos los sábados nos encontrábamos con papá.

Los miércoles les hacíamos la visita obligatoria a los padres de mamá. (Cuando mamá no estaba peleada con ellos.)

Y en la tarde los lunes debíamos quedarnos en casa, pues venían la abuela y el abuelo.

Y el domingo era, como todavía lo es, el día familiar. Entonces mamá insiste en que debemos ir todos a algún sitio. Nadie se puede escapar. Ni siquiera cuando hay que estudiar para un examen puede uno quedarse en casa.

Hace dos años teníamos que estar en casa a las siete en punto.

Si alguien llegaba a las siete y cuarto, a mamá le daba un ataque.

Para un Wolfgang no puede haber mucho tiempo de sobra. Para DESEAR, por supuesto que sí.

Pero, tal vez, fue ese Wolfgang quien le regaló el hámster.

Mamá está en contra de los animales, y Kurt también.

Desde que tengo uso de razón quiero tener un gato. Un gato bien negro. Pero mamá es terca. Ocurrió hace más o menos dos años. En invierno. Debió de haber sido en invierno, porque ya estaba bastante oscuro cuando Ilse regresó de su entrenamiento por la tarde.

Tocó a la puerta y yo abrí. Tenía una cajita de cartón en las manos y la apretaba contra el estómago.

Mamá estaba en el corredor hablando por teléfono con una amiga y miraba intrigada a Ilse y a la caja.

Ilse estaba junto al guardarropa; abrazó la cajita y no se quitó el abrigo.

Mamá dejó de hablar y preguntó:

—¿Qué es lo que tienes en esa caja?

Ilse no respondió. Mamá se acercó a Ilse y miró la caja detenidamente.

—¿Estás loca? —gritó.

Ilse miraba fijamente a mamá y no respondía.

—¿Dónde conseguiste ese animal? —La voz de mamá era chillona.

Mamá dijo otras cosas y empezó a gritar.

Ilse tan solo miraba fijamente. No decía nada.

Entonces Kurt salió de la habitación y Oliver y Tatiana salieron del cuarto de los niños. En ese entonces Tatiana era todavía muy pequeña. Quería ver qué había en la cajita y tiraba del abrigo de Ilse.